



Desde tiempos inmemorables, el hombre ha tenido la necesidad de expresar conceptos y sentimientos a base de trazos y figuras simples que impresas sobre lienzo desean dar significado a algo mucho más profundo y difícil de definir.

Este es el caso del círculo. Una forma geométrica que representa perfección y simetría, ya que todos los puntos que lo forman equidistan de su centro. De este modo, el ángulo como elemento que rompe directrices, queda inexistente, dando armonía y continuidad a un trazo que puede representar un camino, una guía o la propia vida.

El centro, como origen, imitando al Big-Bang y su expansión formando el Universo como un todo único e infinito.

Existe una leyenda que cuenta con un joven monje budista ávido de conocimientos. Una vez le preguntó a su maestro sobre la iluminación del ser humano y su entendimiento. Algo así es imposible de explicar, le contestó el maestro. No existen palabras para describirlo, añadió. Entonces cogió su pincel y sobre lienzo dibujó un círculo.

Enso no es simplemente un vocablo que referencia a una figura geométrica. Círculo y ciclo, son términos hermanos que siempre van cogidos de la mano. De ahí que el ciclo de la vida pueda contemplarse como un gran círculo; una magnífica circunferencia que se inicia desde la concepción en el útero y su nacimiento para finalizar con la vejez y posterior muerte. Todo lo comprende y todo lo abarca como nos recuerda el término OM (Aum); mantra sagrado donde referencia la A y la U como primer y último vocablo del alfabeto sánscrito (lengua clásica de India) y que simboliza la unión del principio y del fin para conseguir la esencia de un Todo.

Sin embargo, si completamos ese círculo a la hora de dibujarlo, en el momento que unamos su final con el inicio del trazo, quedará cerrado y sin poder saber dónde se inició su perfecta silueta. Quedará por tanto dentro de una perfección secreta que nadie podrá apreciar cuál es su inicio ni su fin.

Este concepto lleva a practicar la caligrafía japonesa (Shodo) con un único trazo en busca del equilibrio y la perfección, alineando cada segundo de su contorno a un solo

centro espiritual pero llevando su último movimiento a detenerse suavemente justo antes de cerrar ese círculo, de forma que podamos apreciar su inicio y fin, entendiendo que la perfección no existe como tal <sup>(1)</sup> sino que siempre habrá lugar para esa parte no cerrada, abierta al exterior; una puerta de conexión entre el ego como el Centro y el Universo como el Todo.

Curiosamente, un antiguo poema budista zen llamado Xinxinming, (conocido en japonés como Shinjinmei) hace alusión a Enso hacia un inmenso espacio donde nada le falta, nada le sobra.

El artista en ese momento (porque se trata de arte y no de pintar símbolos o caracteres), para poder formar esa imperfecta perfección, deberá sincronizar su cuerpo y mente de forma que a través de la técnica de su puño y con el equilibrio y armonía precisos de su interior, consiga el trazo deseado. Un concepto que nos recuerda la unión del Shin-Gi-Tai.

Aquí no cabe el error. Cualquier desequilibrio en su trazado caligráfico quedará plasmado ya que no existe la vuelta atrás. Un hombre íntegro debe ser consciente y responsable de sus acciones y así lo expresa Enso, sin vacilaciones, sin dudas, sin segundas oportunidades.

Al fin y al cabo, una minimalista expresión de la filosofía Zen y su pensar donde lo sencillo comprende todo.

(1) Concepto Fukinsei, que niega la existencia de la perfección.

Autor: Daniel Tchev Baffioni